

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



BACANAL

De las bacantes el alegre coro
en lúbricas canciones prorrumpía,
á la par que en las copas esparcía
el hirviente champán sus crenchas de oro.
El beso impuro, al estallar sonoro,
en los desnudos senos se perdía,
y al galán que lascivo les ceñía,
el placer le brindaba su tesoro.
La sangre, que las venas calcinaba,
su espolazo de fuego á los sentidos
de las ebrias parejas aplicaba.
Y á impulso de la torpe borrachera,
en impúdico abrazo confundidos,
rodaban el mancebo y la ramera.

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

OPTIMISMO

El pesimismo es funesto, desolador, infecundo. Desalienta el ánimo, agota la energía. ¿A qué conduce el verlo todo negro? No se lleva á los ejércitos al combate, augurándoles la derrota, ni á los pueblos á la regeneración, pronosticándoles la muerte. La desesperación es estéril; sólo la esperanza es fecunda.

¿A qué conduce? A nada. En el fondo de esa condenación utilitaria del pesimismo se oculta la idea de que el hombre no debe penar ni sentir otra cosa si no lo que le convenga ó le agrade. ¿Qué dicha si así pudiera hacerlo! ¿De qué aprovecha al arruinado echar de menos la pasada opulencia? ¿Para qué sirve al enfermo deplorar la salud perdida? ¿Qué ganan los vivos con llorar á los muertos? Todo eso es estéril, desanimador, pernicioso. Pero es el caso que no lo pueden remediar.

Mucho se han encarecido los funestos efectos del pesimismo. Desde el insigne Azcárate, que consagró á este tema una disertación, hermosa como suya, hasta el último gacetillero de la prensa ministerial, pocos habrán dejado de señalar los resultados vitandos de ese espíritu sombrío, que sólo ve el mal en la realidad y en la Historia. Las consecuencias perniciosas del optimismo no llaman tanto la atención. Tiénelas, sin embargo, y muy graves. Demócrito, con su afable risa, no es menos, sino más peligroso que Heráclito, con su torvo ceño. La máscara bonachona de Pangloss oculta un siniestro personaje. Dígalo nuestra historia contemporánea. Mucho mal tiene que hacernos el pesimismo si ha de hacernos tanto como el optimismo nos ha hecho.

Aún no hace medio siglo España era Jauja á los ojos de los españoles. Nuestro clima era el más dulce, nuestro suelo el más fecundo, nuestra fe la más sincera, nuestros sacerdotes los más virtuosos, nuestros sabios los más doctos, nuestra historia la más gloriosa, nuestro carácter el más firme, nuestras hembras las más hermosas, nuestros soldados los más intrépidos. Ser más que nadie en todo era nuestro lema. Todavía nos parece estar oyendo á Sagasta cuando, para hacer el artículo de su liberalismo, extendía los brazos ante el hemicycle del Congreso, afirmando que ni en Europa, ni en el Nuevo Continente, ni en el universo mundo, existía nación alguna tan libre como España.

Las consecuencias de aquellas jactancias ahora las lloramos. Los insurrectos de Cuba eran cuatro mulatos ambiciosos. Las huestes de Aguinaldo eran un rebaño de simios. Los yanquis eran una nación de cerdos. ¿Tendría que ver que los triunfadores de Otumba y San Quintín, los descendientes de los tercios de Flandes, sucumbieran ante los horteras de Nueva York y los tocineros de Chicago! ¿Tendría que ver que un Sampson venciera á los vencedores de Lepanto! Bajo el imperio de este funesto espejismo enviamos 200.000 niños á abonar con sus cadáveres los campos de Cuba, y aceptamos con el Goliath norteamericano uno de esos duelos desiguales en que sólo se ve triunfar á David en las narraciones bíblicas. El resultado de aquellos optimismos á la vista está. ¿Qué pesimismo, por negro que fuese, nos hubiera arrastrado á sacrificar así estéril-

mente una generación y á comprometer acaso por siglos el porvenir de la patria?

A aquellos sueños de color de rosa ha sucedido la pesadilla actual. Era inevitable. No hay que ponerlo todo en cuenta de los excesos de nuestro temperamento meridional, propenso á los extremos. La reacción es siempre proporcional á la acción y á la ilusión el desencanto. Nada hay tan descarnado y triste para el soñador como la verdad que bruscamente se revela. La vida parece doblemente amarga al desgraciado que despierta de un dorado ensueño. ¿Existe algo más lúgubre que el teatro cuando en él falta la ilusión? El palacio encantado es en realidad un lienzo sucio; las nubes de la apoteosis, fuegos de Bengala; el barba feroz, un viejo gotoso; el galán, un carcamal afeitado, y la dama joven, una señora respetable, ya entrada en años. Al aparecer así de repente la realidad escondida bajo las ficciones de nuestro teatro nacional, natural es que los españoles hayan dado en pensar que nada queda aquí que no sea mentira y farándula.

¿Quién puede ser optimista en días como los actuales? Acabamos de liquidar nuestra leyenda y nuestro imperio. Muchos miles de familias lloran á sus hijos sacrificados sin provecho. Nuestros descendientes tendrán que agradecer el legado de una deuda de tres mil millones. Hemos sido y estamos siendo el ludibrio de las naciones. Nada hemos aprendido en esa tan cara lección. Más que el desastre mismo asombra, aterra la manera como el pueblo español ha recibido el desastre. Diríase un cuerpo muerto, incapaz de toda reacción fisiológica. Las mismas instituciones, los mismos partidos, los mismos hombres, los mismos vicios. Aquí no ha pasado nada, nada. Llamado á los comicios, casi á raíz de la gran catástrofe, el pueblo no tuvo siquiera la entereza de la protesta legal. Para realizar una honda, una radicalísima transformación social, vinieron al gobierno los Silvela y los Polavieja. Sagasta, en cuyas manos se desmembró la patria, no ejecutado por mano del verdugo, ni retirado á la trapa en expiación de sus culpas, sigue siendo el ilustre jefe del partido liberal, jactándose de haber salvado á la dinastía, haciéndose de pencas para tomar el poder y sosteniendo la situación silvelina. Y ahora, á despecho de aisladas protestas y de un torneo parlamentario tan aparatoso como estéril, van á ser aprobados los monstruosos presupuestos de Villaverde, nueva subvención del ocio y la ineptitud, nuevo despojo del trabajo por la holganza, sin que se haya remediado un mal, ni rectificado un error, ni corregido un abuso, ni limitado una prodigalidad, ni castigado á un delincuente.

¡Dichoso aquel que, en tales circunstancias, pueda entregarse al optimismo!

A nosotros las alegrías nos parecen ahora tan inoportunas y desentonadas como una carcajada en un entierro.

ALFREDO CALDERÓN.

EL ÚLTIMO VIAJE

Corría un tren de enfermos, de heridos que volvían de la guerra; carne amontonada, cuerpos destrozados, caras en donde se retrataba la agonía, y calaveras con los ojos abiertos y que miraban fijamente.

Volvían de la guerra aquellos infelices, iban en busca del nido donde descansar de tantas penosas fatigas, volvían á sus hogares quizás para morir más tranquilos.

Cada vez que paraba el tren bajaba algún herido, algún número enfermo, un cuerpo destrozado, despreciado por las balas, y bajaba con los ojos abiertos á la esperanza, saturando los pulmones de vida y respirando los aires de su pueblo, y extasiándose con los árboles, con las piedras, con el rústico campanario, con las flores de las ventanas; cada repatriado que bajaba en contraba unos brazos amantes que lo aguardaban, y la estrecha portezuela de los vagones parecía en aquellos momentos la puerta del Paraíso, y el tren al alejarse, dejaba en la estación manos que se estrechaban con efusión, besos, suspiros, lágrimas, una escena de calvario medio confusa entre las tinieblas.

Y el tren siempre caminando, caminando, dejando un rastro de sangre y negro rocío de lágrimas; caminaba, dejando poco á poco la miseria que en su interior llevaba; caminaba, corría, cada vez más ligero; corría desesperado, como huyendo de sí mismo, como deseando quitarse pronto de encima aquella carga.

Ya casi no era hospital; la máquina respiraba; ya había desalojado de su vientre aquella carne que la guerra no había querido, y en un rincón, en la obscuridad, envuelto entre mantas, quedaba un bulto estirado, que ni miraba, ni veía, ni buscaba su pueblo... ¡Era un cadáver! Un cadáver que iba en busca de otro mundo, que no bajaría, un cadáver que entraba en un túnel cuya salida debe buscarse en la otra vida sin guerras, donde reina la paz eternamente.

SANTIAGO RUSIÑOL.

CARTA

Querido Bonifacio: ¿Desde esa aldea barruntas que está la cosa mala, por no decir peor, y á mí como pariente y amigo me preguntas si es cierto lo que piensas o estás en un error? Silvela, don Francisco, aquel que con la daga en forma de palanca nos dijo que iba á hacer, ignoro cuántas cosas, es fácil que nos haga lo que, pariente, en ésta no te quiero poner. Valiéndose de un sable de no poco prestigio, las riendas del Gobierno logró alcanzar al fin, hasta que un día cansado, metióle en un litigio, y al general le dijo: ya sabe usted, ¡á mí, Primi! Camilo, ¿qué hace entonces? El hombre se las guilla, dejando abandonado lo que hay que abandonar, y en el expreso vase camino de Sevilla, á ver si unas cañitas le obligan á olvidar. Don Paco, tan tranquilo después de tal hazaña, queda de jefe nato, como era natural, de todos los mortales, y va tirando España igual que de sus barbas el bueno de Pidal. Ya ves como las cosas, amigo Bonifacio, tan malas no se ponen, ni creo que se pondrán; es cierto que caminan, según unos, despacio; pero la marcha pronto creo que acelerarán. Ahí tienes á Raimundo sobando pergaminos de antiguos hacendistas que lo hicieron muy bien, á ver si entre ellos halla proyectos peregrinos que hagan que sea la patria la copia del Edem. Apenas los proyectos encuentre en los archivos que ha tiempo visitando, según dicen, está, verán todos los seres, aun esos más esquivos,

DON QUIJOTE



LA MUERTE DEL MAESTRO
(Murió como Arnejitas, á consecuencia de un orsequio).

Ayuntamiento de Madrid

brotar de su cerebro, brotar todo un maná. Azcárraga trabaja formando batallones que luchen con denuedo, lo mismo que en Transvaal aquellos infelices, que tienen más rifones que algunos que llegaron de quinto a general. Todo esto es lo que ocurre respecto a la milicia, que ha de aplacar si es caso, una revolución. Y yo, ¿qué he de decirte del que en Gracia y Justicia descansa como un santo dormido en un sillón? Que sólo le despiertan los ásperos ronquidos que dar suelen a veces el clero catedral, cuando en la sala esperan tristes y compungidos algún puesto importante que rente un dineral. (Que hay Gracia te enteraste; pero un duro te apuesto a que de la Justicia no has sabido tú ná; es claro que ella existe, la vi en el presupuesto: lo que es en otros sitios, di conmigo que ¡qual!) Pasemos a Fomento: verás en la poltrona de aquel departamento, que no tiene rival, a un alto personaje, *latínica* persona que firmase en la nómina: *El Marqués de Fidal*. Un título es el hombre que manda a Catalina redacte los escritos que luego ha de firmar (diciéndome un amigo leal, que en su oficina se hace un consumo enorme de papel... de fumar). No te hablo de Romero, Beránger y Linares, ni una palabra sola del duque de Tetuán; son hombres disidentes que quieren dar achares, porque otra cosa, chico, nunca darnos podrán. Tampoco digo nada de Dato y de Gamazo, de Maura y del amigo Lucas Gómez y Mas: son cuatro pies *pa* un Banco que corren un bromazo, que en cuanto que se acabe, tan amigos y en paz. Con esto, Bonifacio, término aquí y ya basta de lata por ahora, mañana Dios dirá: recibe una sonrisa del bueno de Sagasta, y un apretado abrazo de tu amigo,

Pajá.

Por la copia,
CARLOS M. SÁNCHEZ.

NUESTROS BOERS

Los tagalos no ceden. No los reconocen ya los norteamericanos como beligerantes, sino como bandidos; pero no pueden domarlos, ni establecer la paz en las islas. Ha reaparecido en la de Luzón el periódico *La Independencia*. De este son las siguientes hermosas palabras:

«Cerca de los montes, como estamos, tendemos hacia ellos los ojos. Allí estará segura nuestra libertad. Pactar con el enemigo, tomar su mano, mientras nos precipita a la esclavitud, eso nunca. No porque nuestra esfera de acción se haya reducido disminuye la bravura de los filipinos; ¡maldito sea quien tal piense! No: para que así suceda es preciso que nos arranquen este tesoro de amor patrio que estimamos más que la vida, y maten dentro de nosotros el espíritu nacional creado por los últimos combates, que nos une a todos y comunica nuevo brío a nuestros corazones.

«A pesar de sus victorias, y por ellas mismas, el enemigo será odiado, jamás temido. Sus destacamentos no tendrán un instante de descanso. De hoy en adelante estarán en continua lucha con nuestras guerrillas, sobre las que no podrán tender sus manos.

«No queremos que se diga que hemos abandonado el puesto. Después de haberlos enseñado cómo combatimos en grandes masas, vamos ahora a demostrarles que nuestro valor no ha sido dominado, que nuestras guerrillas y columnas volantes continuarán la resistencia, dispersándose o reuniéndose, según las circunstancias lo exijan.

«Basta. No deseamos decir más. Conservamos nuestra fe en la causa.

«Que el pueblo confíe en el logro de sus ideales, que no sea inútil la sangre de tantos mártires y héroes como han sucumbido invocando el sagrado nombre de la madre patria.

«El derecho surgirá algún día; a veces parecerá que ha sucumbido; pero al fin prevalecerá. El sol se oculta por las noches; pero vuelve a aparecer iluminando el horizonte.»

Es brioso este lenguaje y revela fe en los tagalos. ¡Lástima que no hayan desde un principio adoptado este género de guerra! Habrían fatigado al enemigo sin verter tanta sangre, y hoy se hallarían con mayores fuerzas.

¡Bien por los tagalos!

LA ÚLTIMA CASA

El constructor de ataúdes
no fabricando está,
más fino, mejor labrado,
más bello que los demás.
En el amplio taller reina
un silencio sepulcral:
no se oye, como otros días,
del aprendiz el cantar,
alternando con el ruido

acompañado y tenaz
del martillo y de la sierra:
la tarde cayendo va;
el constructor de ataúdes
trabaja sin descansar.

Conmovido y taciturno
se le acerca el oficial
y le dice: — Estáis rendido.

Debéis reposo buscar,
maestro. Tenéis la fiebre
del insomnio, y vuestra faz
revela, bien a las claras,
el sufrimiento moral.
Yo acabaré.—No —prorrumpió
el maestro—. Terminar
quiero el féretro. Yo solo
debo hacerle.

Las tres dan
de la mañana. La lámpara
del día empieza a alumbrar.
Toca el término de aquella
hermosa noche estival.
De las aves, en las frondas,
se oye el gorjeo fugaz;
las flores tiemblan al roce
de las brisas al pasar,
y se estremecen al ósculo
del rocío matinal.
En su taller, que ilumina
una luz, moriente ya,
el constructor de ataúdes
trabaja sin descansar,

Ya se le llevan. La calle
de curiosos llena está.
La preciosa niña, orgullo
y encanto de aquel hogar,
que alegraba de sus padres
la caduca ancianidad,
como alegra un campo yermo
el floreciente rosál,

ha muerto. Sus ilusiones
todas a la tierra van,
en el féretro metidas
que el cariño paternal
labró, más fino, más pulcro,
más bello que los demás,
forrado de seda blanca
como la flor del azahar.

Los vecinos ven sombríos,
del crepúsculo en la faz
melancólica y solemne,
el entierro desfilir.
Dentro de la casa, donde
vibra el eco funeral
de la plegaria mortuoria
que del cadáver detrás
reza el sacerdote, se oye
el doliente sollozar
de la pobre viejecita.
Rígido, inmóvil, glacial,
el constructor de ataúdes,
los ojos secos, las faz
descolorida, en la puerta
permanece, y cuando va
el entierro de la calle
desapareciendo al final,
y el blanco féretro es sólo
punto leve, sin lanzar
una queja ni un gemido,
en brazos del oficial
se desploma. Así en la selva,
al golpe del huracán,
cercenada por su base,
cae la encina secular.

PEDRO BARRANTES.

ALEGRÍAS

Sonaban las guitarras, diestramente tañidas por las manos groseras de aquellos dos mozos de ojos negros y tez oscura, los cuales mozos, hiriendo con sus dedos ágiles las cuerdas del popularísimo instrumento, arrancaban de él melodías incoherentes, sonidos extraños, vibraciones dulces y ecos armoniosos, tan bellos como imposibles de ser convertidos en notas escritas por el más hábil compositor; música que parece formada con todos los rumores que produce el viento al quebrarse entre las ramas de los olivos, entre el azahar de los naranjos, entre las hojas de las rosas y entre las ondas de los ríos, que brotan y florecen, y viven y murmuran en los campos, en los huertos, en los jardines y en las riberas de nuestra hermosa Andalucía, de esa tierra tostada por un sol de fuego, cubierta por un dosel infinito y azul, y poblada por una raza muelle, lasciva y sonadora; raza poética como los árabes, que cruzaron el Estrecho para formarla, y como ellos también vengativa, fatalista y sensual; música que posee todos los tonos, porque abarca todos los sentimientos; que tan pronto se queja y solloza con acordes henchidos de melancolía y de ternura, como se desvanece con las ondas del aire, inspirando amores, placeres y deseos, ó se pierde en el espacio, retonzona y alegre, semejante a las voces de esas mozuellas que ríen, corren y cantan por los sembrados con la sonrisa de la inocencia en la boca y el germen de todas las pasiones en la sangre.

Retonzona a ratos, a ratos enloquecedora y lúbrica, era la música que entonces arrancaban a sus guitarras aquellos dos hombres; y mientras otro hombre, moreno como ellos, y como ellos joven, entonaba coplas incorrectas y bellas (también hay belleza en la incorrección, aunque algún crítico opine lo contrario), una muchacha de dieciocho abriles, con el pelo lleno de flores y los ojos plétóricos de luz, recogía su falda de vistoso percal, disponiéndose a bailar sobre el angosto tablado que improvisaron en el comedor del cortijo las necesidades del momento, y clavaba sus ojos en un mancebo que, algo apartado de la fiesta, miraba a la joven con ansia, con deleite, ajeno a las risas y a las murmuraciones de los varios grupos de hombres y mujeres allí reunidos, por entre los cuales circulaban de tiempo en tiempo sendos vasos de oloroso y transparente Montilla.

—Vamos, Julia—exclamó el arrendatario del cortijo, encarándose con la muchacha—; baila esas alegrías, que estamos rabiando por verte.

—Allá va—respondió la joven haciendo ademán de levantarse.

Pero antes de que lo consiguiera, el cantor, inclinándose hacia ella, murmuró en su oído las siguientes palabras:

—Te advierto que me estoy enterando de todo. Mira lo que haces, y ten mucho cuidado conmigo.

—¿Qué dices!—replicó Julia, con fingido acento de sorpresa y en voz baja también.

—Lo que digo. No mires más a donde está Curro, porque vamos a tener jarana.

—¡Ay que gracia! ¡Ni que tú fueses mi marido!

—Pues no mires.

—Pues miraré.

El la dirigió una mirada de celos, rasgáronse los tacones en sus guitarras, y mientras el desdenado cantor entonaba una copla, la mozuella se puso en pie.

Era hermosa, con esa hermosura incitante de las meridionales, que abrasa la sangre y sacude los nervios; los rizos de su pelo, cuidadosamente peinado y cubierto de flores, se desbordaban por su frente avaros de acariciar aquellos ojos negros, sombríos apasionados y voluntariosos; su naricilla remangada y corta daba expresión de juvenil descaro a su rostro de tez morena, en que se destacaban para embellecerlo una boca de labios rojos y atrevidos y una dentadura blanca é igual. Fresco y gentil semblante, al que hacía el resto del cuerpo honrosa competencia, porque todo era de admirar allí, así la anchura de los hombros como la robustez del seno y la flexibilidad del tallo, del cual se desprendían dos líneas vigorosas que, ensanchando hacia el arranque de las caderas y esparciéndose luego en curvas enérgicas, mal encubiertas por los pliegues del vestido, remataban en unos pies pequeños y bien contorneados.

Julia era hermosa, y más hermosa pareció aún cuando, adelantándose sobre la tarima, con la cabeza echada hacia atrás, los brazos en alto, la sonrisa en la boca y la pasión en las pupilas, dió comienzo al baile, que las guitarras acompañaban con sus compases. Los pies de Julia, siguiendo los acordes del instrumento músico, herían el piso de madera con rítmico é intermitente pataleo; su cintura describía en el espacio caprichosas ondulaciones; movíanse sus caderas voluptuosamente, y sus manos, subiendo por encima de la cabeza, como si trataran de recoger las flores en ella prendidas, se retorciaban con lentitud, mientras su cuerpo, doblándose en arco, dejaba al descubierto las redondeces del seno y los primores de la garganta. Danza carnal y lúbrica que hizo prorrumpir en gritos de entusiasmo a la concurrencia, en un suspiro de angustia al cantor, y en una sonrisa de placer a la joven. Julia estaba muy satisfecha, porque el joven que la contemplaba al principio desde un extremo de la sala, fué adelantándose poco a poco, atraído por su imagen hechicera, y no detuvo su marcha hasta que, llegando junto al tablado, se apoyó en él y clavó sus ojos, enardecidos por el deseo, en la hermosa criatura que tenía enfrente.

Pero donde el entusiasmo del público no reconoció límites, fué al llegar la *falseta*, ese momento del baile durante el cual enmudece el cantor, cesa el taconeo de los acompañantes y sólo se escuchan los acordes de la guitarra, los sonidos melancólicos, apasionados y profundos que brotan de las cuerdas, heridas por las manos del tañedor, y el ruido acompasado con que se deslizan sobre la tarima los ágiles pies de la *bailaora*, describiendo, tan pronto en el suelo como en el aire, curvas inciertas, intangibles y rápidas. Julia era maestra siempre en este género de baile, mezcla de la danza árabe y de la danza egipcia, ardiente como la una y simbólica como la otra; pero entonces fué más que una maestra, fué un sueño de voluptuosidad y de lascivia, encarnado en el cuerpo de una mujer. ¡Y cómo no serlo, si tenía delante de ella a Curro, al hombre objeto de su cariño, y Curro la contemplaba con ojos ávidos y relampagueantes de pasión!

Para él era su baile; por él quería lucir todas las maravillas estatuarías de su contorno y producía asombro a las pupilas y sacudidas eléctricas en los nervios, verla recorrer la tarima con el cuerpo doblado por la cintura; el busto saliente, los brazos abiertos y la cabeza flexionada sobre la nuca; actitud provocadora, bien pronto substituida con otra, pues eran los movimientos de la joven tan varios como múltiples y artísticos; unas veces retorció su cuerpo, doblándolo hasta el suelo, tocando la tarima con sus manos, medio arrastrándose por ella como gata cariñosa que se despereza y juega a los pies de su amo; otras se erguía con ruda y salvaje majestad, dominadora, absorbente, dueña absoluta de todo cuanto la rodeaba; otras recogía el vestido, ciñéndolo por delante para remarcar las líneas esculturales de su cuerpo; otras lo afianzaba para que aquellas líneas fuesen adivinadas más por el pensamiento que por los ojos; tan pronto se balanceaba con perezosa lentitud, como agitaba sus caderas con movimientos desesperados y frenéticos... Era, en fin, no una mujer, no un sueño, como antes dije, sino la imagen espléndida de la carne, con todas sus palpitaciones, con todas sus sublimidades y con sus impurezas todas, agitando, estremeciéndose y ofreciéndose en su eterna hermosura y en su incontestable poder a los ojos absortos de la concurrencia.

Todo esto lo veía Curro, por cuyos labios secos se escapaba el aliento abrasador, y también lo veía el cantor que, lívido, siniestro, siguiendo con los suyos la dirección fija que tuvieron durante el baile los ojos de Julia, dijo a ésta en voz baja, amenazadora y terrible cuando ella pasó cerca de él:

—¡Ten cuidado! ¡No mires más, porque no respondo de mí!

La joven hizo un gesto de burla, de desprecio, y adelantándose hasta el sitio donde estaba Curro, mostrándose ante las absortas pupilas del mozo con sus mejillas encendidas, sus ojos entornados, su boca entreabierta y su cuerpo nervioso y jadeante, alzóse sobre las puntas de los pies, abrió los brazos como si tratara de estrecharle entre ellos, encorvólos después hacia adentro, y colocando la punta de los dedos en sus labios carnales, le envió un beso frenético, acariciador y delirante.

El cantor se puso lívido, incorporóse bruscamente en su silla, metió su mano derecha en la faja, y sacándola armada de un puñal, lo hundió hasta el mango en el costado izquierdo de la joven.

Julia cayó de bruces sin pronunciar una palabra, sin proferir un grito, y en aquel instante de silencio general y de mudo asombro, se oyó un sonido amargo como una maldición y doloroso como un lamento.

Era la última nota de la guitarra que se desvanecía en el aire.

JOAQUÍN DICENTA.

LIBROS

Hemos recibido el tercer cuaderno de la interesante publicación *Diccionario popular enciclopédico de la lengua española*.

Aparece semanalmente un cuaderno, al precio de 30 céntimos, y los precios de suscripción, son: 1,25 pesetas al mes, 3,50 trimestre, 7 semestre y 14 un año.

La Dirección y Administración se hallan establecidas en Madrid, calle de la Palma, 55, bajo, donde se dirigirán todos los pedidos, acompañando su importe.

La *quiromancia ó arte de conocer la vida, el carácter, las aptitudes y el destino de las personas por la sola inspección de la mano*, por Gourdon.

La Revista Biblioteca *La Irradiación*, que tiene establecidas sus oficinas en la calle de Prim, núm. 10, de la Colonia de doña Carlota, de Madrid, acaba de poner a la venta esta curiosa obra, que ha traducido del francés.

Precio: una peseta.

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas, 12.